

Crónica Literaria

Por ALONE

MEMORIAS DE "EL LOCO PEPE"

Neces adivinar que su ilustre colega Jean Genet, que llama uno de sus libros "Journal d'un Voleur", no se atrevió "El Loco Pepe" a bautizar el suyo "Memorias de un Ladrón".

Era exactamente el título que le correspondía.

No deja de resultar curiosa esa limitación en hombre tan resuelto y que en parte alguna de su obra muestra escrúpulos ni se le ocurre pensar en sus víctimas.

Robos y asaltos, armado de revólver, los planes y realidades como quien prepara una negociación perfecta. Al referirlos no omite circunstancias agravantes ni tampoco las alega como disculpa. Simplemente dice que necesitaba dinero y pronto se lo procuró. El hecho de "apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño" jamás le intranquiliza la conciencia.

Tiene, no obstante, su moral. Se le advierte cuando juega a sus jueces, define los procedimientos de sus carceleros y analiza la conducta de la prisa.

Sus palabras son entonces tan severas como terminantes.

Véase un episodio. El y sus amigos pasaban apuros y necesitaban una fuente de ingresos.

"Por suerte ya se tenía un candidato —pág. 118— era un individuo que todos los días, a las tres, llegaba a su casa con el producto de las ventas diarias de un negocio que tenía en el Matadero. Para ello, lo primero era conseguir un coche. En la Estación Central encontré el indicado: un Ford del año 44. Nos relacionamos en la cercanía de la casa de nuestro cliente. Llegó, siguiendo sus costumbres, y entró hacia su domicilio. Alcanzó la puerta y bargó en sus bolsillos por la llave. Yo me acerqué silenciosamente y de un manotón le arrebaté el portadocumentos que llevaba bajo el brazo y corrí hacia el auto. El damnificado gritaba enloquecido, pero nadie hacía caso de él. Un trabajo perfecto. Antes de regresar abandonamos el coche robado. Volví la serenidad a nuestras vidas. [Lo que hace el dinero! Ni siquiera les daba bola a las noticias de los diarios, que, las más de las veces, eran falsas, como así todas las que publican los diarios de Chile. De todos los países que he recorrido, nunca he visto prensa tan mentirosa como la de Chile: inventan lo que se les viene en gana; la cuestión es tener tiraje y titulares sensacionalistas. Por lo mismo, no me preocupaban".

Toda una lección oportuna y autorizada para confirmar el veredicto que en cierta tribuna acaba de formular un concepto parecido. "El Loco Pepe" no hace diferencias.

Con la justicia es menos terminante. No obstante, se ve que, a su juicio, nuestro régimen judicial necesita una reforma "rápida, drástica y masiva", que remueva las estructuras profundas, empezando por cero; lo cual embosa una planificación que también evoca resonancias. "Considero completamente anacrónico el sistema judicial —escribe, pág. 188—, como asimismo el régimen carcelario del Servicio de Prisiones de Chile, que más que anacrónico

es colonial. Prueba evidente de ello es que todavía no existe en las prisiones de Chile un vicesustituto...". El tema le interesa y lo desarrolla con amplitud. Cada vez que el autor lograba éxito en alguna de sus empresas, los "repunterías" públicas recibían la mayor parte de las presas.

Pero desfigurábamos el carácter de esta obra si únicamente la presentáramos en su aspecto moral.

La verdad es que se trata de una historia de aventuras policíacas recogidas de primera mano, la mano del protagonista, y contadas con una viveza, un peso vivo y ligero, una animación y un interés pocas veces visto en las letras chilenas y que tampoco abundan en las argentinas, a que la obra pertenece aparentemente. (1)

Porque así como son inseguras las consideraciones legales y jurídicas del autor, parte demasiado interesada, no es del todo firme la potencia de la obra. Pisamos aquí terreno resbaladizo.

Las declaraciones del protagonista, don Rodrigo Quijada, agrietan la sospecha:

"He aquí —escribe— una introducción necesaria para los maldecidos. Las memorias de Babio —o del "Loco Pepe"— le pertenecen en integridad. Por más que se busquen asesores o colaboradores, texto, historia y personajes que circundan a éste le son inseparables. Y ahora algunas advertencias. El autor no es un literato. Desconoce empujes y rascos, no ha leído a Cortázar ni tiene nociones del "nouveau roman"; ignora, asimismo, la técnica del monólogo interior y los desarrollos paralingüísticos".

En esto lleva la razón. La técnica literaria de "El Loco Pepe" se parece a la que emplearon Benvenuto Cellini en sus memorias y Gil Blas de Santillana. Ella podría resumirse en eliminar palabras inútiles, rebajar preliminares y circunloquios e ir, como la más leída sección de una revista semanal, "derecho al grano".

Sólo, que esta técnica es difícil y parece raro que el autor sólo ahora, en plena madurez, haya descubierto sus dotes. ¿Cómo no discurriría aprovecharlas antes? Además, por mala memoria que tengan los lectores no habrán olvidado que justamente el señor Quijada, en compañía de su amigo Babio, personaje muy misterioso, les pasó gato por liebre no hace mucho a los miembros de un jurado literario, logrando un premio de dos millones bajo un hábil disfraz.

De todas maneras, el autor y sus circunstancias son un accesorio; lo que importa es la obra misma. Y no cabe discutir que esta tiene vida, interesa increíblemente y sobresale desde el principio hasta el fin, tanto por sus cualidades como por sus defectos.

"DICCIONARIO POLITICO DE CHILE", por Lia Cortés y Jordi Fuentes (Orbe)

El que descuidadamente se entra por las alfabéticas avinidas de esta libro, a poco de andar empieza a sufrir una impresión extraña: parece que los seres y las cosas se hubieran empajado, que, progresivamente, perdieran, primero el sabor, luego el color, por último su peso específico. Como si estuvieran dematerializándose, personas y personajes desfilan en calidad de

fantasmas, mas no de los que atemorizan y ahuyentan, sino de los incorpóreos, inexistentes que crean los sueños. El mundo, el vasto mundo, perdida su variedad, carece de interés o importancia. En el dominio de la igualdad perfecta, donde nadie vale más que nadie y las cosas, privadas de relieve, apenas se perciben.

Si, pese a todo, se prolonga la experiencia, el lector mismo empieza a flotar en una especie de vacío que amenaza tragárselo; le falta el aire, sobrevienen síntomas de asfixia.

Cuando, sorprendido y alarmado, vuelve atrás y lee el prólogo, descubre, no sin alivio, la clave.

El autor y la autora declaran allí en una prosa vibrante y rápida el propósito que tuvieron al componer este Diccionario: ante toda querencia mostrarse imparciales, alejar cualquier sospecha de partidismo y borrar la menor huella de antipatía o simpatía. En otras palabras, realizar una historia absolutamente desinfectada de juicios y prejuicios, sin teorías, sin ideas, incluso sin adjetivos que impliquen calificación, aprobación o reproche.

Era, a juicio de los editores y de ellos mismos, la única manera de proporcionar al público un puro instrumento netísimo, un índice de consulta para pasearse por el laberinto de los hechos y de las fechas.

Cumplieron su intención con plenitud y a conciencia, sin apartarse un milímetro del plan. Abandonando su calidad de seres humanos, de criaturas sensibles y pensantes, no sintieron nada, no pensaron nada, convertidos en una máquina fabricadora de fichas. Entristecidos, se murieron. -

De ahí que este libro, este excelente libro, este útilísimo libro, dé la impresión de un comentario y sugiera la imagen de una serie de tumbas con sus lápidas cubiertas de inscripciones.

Está bien. Sólo resta aplaudirlo. Quien abra y recorra las páginas del volumen buscando datos hallará lo que necesita. Es un repertorio enorme, una cantera, un tesoro de informaciones concretas y positivas.

Desde un punto de vista diferente, recibirá el curioso lector preciosas enseñanzas. Señálemos una.

Desde que autores y críticos existan, una lucha se libra en sus filas, cruzada de múltiples reproches que los primeros hacen a los otros; los exigen, sobre todo, imparcialidad, equanimidad, objetividad. No dejarse llevar de preferencias personales, no pretender que poetas y novelistas, autores de cuentos o piezas teatrales, se ciñan a sus gustos. El crítico no debe obedecer a sus atracciones o repulsiones íntimas, sino expresar únicamente "la verdad" nunca "su verdad".

Pues bien, aquí tenemos el resultado, este Diccionario donde se realza y entra en funciones la objetividad máxima.

¡Los saludos!

Tema para algunos de esos que denominan "encuentros" y que, por la forma que asumen, suelen parecer encuentros literarios.

Piedra Roja, agosto de 1967

(1) "El Loco Pepe" nació en Buenos Aires.

Memorias de "El Loco Pepe" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de "El Loco Pepe" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa